

del proceso de edición de los textos bíblicos. Además, las citas bíblicas presentes tanto en Qumrán como en el Nuevo Testamento corresponden a pasajes del Antiguo que se encontraban marcados con intervalos.

En la segunda parte del libro, Trebolle aplica la metodología que ha expuesto a la particularidad de Reyes, que es el libro histórico que muestra una mayor pluralidad textual tanto por las divergencias entre la versión masorética y la hebrea como por la presencia de pasajes paralelos en Crónicas, Isaías y Jeremías. A lo largo de nueve capítulos, de muy desigual extensión, va a analizar la presencia de Reyes en el canon, la historia paralela entre la versión griega y hebrea, el *vorlage* hebreo que subyace a las versiones griegas hexaplar, *kaige* y preluiciánica, y las otras versiones antiguas de este libro bíblico. Además, va a dedicar uno de los capítulos de esta segunda sección a presentar brevemente el modo en que la historia del texto de Reyes ofrece también ciertas pistas sobre la historia de la lengua.

Dedica dos capítulos a recorrer las intervenciones editoriales en Reyes y a plantear qué edición de este libro bíblico sería probablemente conocido por Crónicas en la época persa. Finalmente, los dos últimos capítulos resultan ser el posado de los anteriores. El penúltimo compara la edición hebrea y griega de Reyes a través de un comentario textual y literario de gran parte de pasajes. A su vez, el último capítulo ofrece una propuesta sobre la historia de la formación de este libro bíblico. Una conclusión global y una extensa bibliografía culminan esta obra de Trebolle.

Estamos ante una obra exhaustiva, por momentos muy minuciosa y técnica, que nos exige replantearnos nuestra manera de comprender el proceso de gestación de la Escritura y nos exige arrinconar cualquier posicionamiento simplista ante la versión hebrea y griega de la Biblia.

IANIRE ANGULO ORDORIKA
Universidad Loyola Andalucía
iangulo@uloyola.es

Cordovilla Pérez, Ángel, ed. *La teología del siglo XX. Once grandes figuras.*

Estudios y Ensayos 295. Madrid: BAC, 2025, 394 pp. ISBN: 978-84-220-2418-7.

Es imposible que exista una clara unanimidad cuando se trata de elegir las figuras más relevantes en el ámbito de la teología a lo largo del pasado siglo XX. Con todo, es más que probable que muchos de nosotros coincidiríamos en varios de aquellos que rescata esta obra coral. En ella se presenta a once teólogos cuya reflexión no solo fue determinante en su contexto y en su momento histórico, sino que siguen ofreciendo herramientas válidas para elaborar una teología que responda a este siglo XXI. A la variedad que implica el hecho de que se trate de personajes con estilos, líneas de pensamiento e incluso confesiones cristianas

distintas se le suma la inevitable diversidad de perspectivas que implica un libro colectivo.

A cada uno de los teólogos elegidos se le dedica un capítulo estructurado, más o menos, en tres secciones. En primer lugar, se ofrece una mirada panorámica a aspectos esenciales de la biografía del personaje. En un segundo momento se presentan los núcleos más destacables de su reflexión teológica para, finalmente, terminar sugiriendo cuáles podrían ser las aportaciones para la teología del s. XXI. Si bien cada capítulo comparte un esquema esencial semejante, los autores imprimen su propia peculiaridad en cada uno de ellos, alterando esta guía inicial.

Marta Medina es quien se encarga de presentar al teólogo ruso Pável Florenski cuya condición de matemático y científico influyó en su reflexión filosófica y teológica. Profundamente platónico y con una marcada espiritualidad oriental, comprende el quehacer teológico como un saber antinómico. Medina considera que, entre otras cosas, la teología puede aprender de Florenski a combinar metafísica y dimensión relacional, a caminar de la mano de la mística y a entrar en diálogo con la ciencia. Las antinomias de Florenski podrían caminar de la mano con la unidad de contrarios que plantea Guardini.

Bert Daelemans organiza las tres secciones del capítulo dedicado a Romano Guardini en torno a cuatro rasgos que, en su momento, sirvieron al teólogo para describir a Anselmo de Canterbury: pensador, humanista, educador y confesor. Daelemans no solo hace girar los apuntes biográficos de Guardini sobre estos cuatro quicios, sino también los núcleos de su pensamiento teológico. Así le describe pensando desde la polaridad, apostando por el humanismo de la cosmovisión cristiana, impulsando una formación basada en la primacía del *logos* sobre el *ethos* y convencido de la importancia de ver por los ojos de Cristo.

El luterano Paul Tillich es el protagonista del tercer capítulo, a cargo de Pedro Castela. Quizá la mayor riqueza de esta parte es el diálogo que Castela establece con el autor tras haber expuesto las claves esenciales de su teología. La réplica de Castela se centra en el planteamiento metafísico de Tillich y en el hecho de que este conciba al mundo y al ser humano bajo el dominio de la finitud. Desde la convicción del autor de que «solo es capaz de infinito quien, de alguna manera, también es ya infinito» (p. 101), va presentando las cuestiones que aún quedan abiertas y por ahondar.

Quien suscribe no había escuchado hablar de Erik Peterson, pero sí el concepto acuñado por él de «reserva escatológica». El capítulo dedicado a este estudioso, luterano converso al catolicismo, corre a cargo de Gabino Uríbarri. Peterson, que se concibió a sí mismo más como historiador que como teólogo, dejó un copioso número de escritos póstumos en los que se pone en evidencia la estrecha relación que establece entre revelación, dogma e Iglesia, entendida esta como autoridad jurídico-teológica. Uríbarri opta por explicar de manera más extensa el pensamiento de este teólogo, reduciendo a nueve enunciados los retos que considera abiertos por el pensador alemán.

Resulta innegable la influencia que la *nouvelle théologie* tuvo en el Concilio Vaticano II. Este movimiento teológico fue liderado, entre otros, por el jesuita francés Henri de Lubac, a quien se dedica el quinto capítulo de este libro. Samuel Sueiro es quien, tras una imagen panorámica de algunos elementos relevantes en su biografía, presenta en ocho temáticas el núcleo de su pensamiento. La prioridad absoluta de Cristo y la convicción de que Dios, el ser humano y la Iglesia son, a la vez, una *paradoja* y un *misterio* que nos permiten reconocer de forma aún más clara la influencia de Lubac en los documentos conciliares.

Como ya había sucedido con Lubac, también con Yves Congar se confirma el adagio de que los herejes de ayer son los santos de mañana. Ambos, condenados al ostracismo en un momento de su vida, adquirieron un papel esencial en el Concilio Vaticano II como miembros de la comisión teológica preparatoria. El capítulo póstumo de Santiago Madrigal, a quien sus compañeros le dedican el conjunto del libro, nos acerca al dominico con vocación ecuménica que tanto influyó en la eclesiología conciliar. Promotor de esta comprensión de la Iglesia, Congar siguió evolucionando en su reflexión teológica, de tal manera que, en el postconcilio, repensará algunos binomios como institución y comunión, ministerios y comunión eclesial o diversidades y comunión.

Es difícil no estar de acuerdo con la opción de reconocer en Karl Rahner uno de los teólogos más relevantes del siglo pasado. Ángel Cordovilla, editor del libro, es el encargado de introducir al lector en el pensamiento de Rahner al hilo de cuatro rasgos personales que también determinan su teología: alemán, jesuita, sacerdote y profesor. A partir de estas características, se comprende también el modo en que su teología se percibe en unidad con la filosofía, la espiritualidad, la inquietud pastoral, la tradición y el rigor. Finalmente, Cordovilla presenta cinco núcleos del pensamiento de Rahner que sirven también para describir qué características debería tener la teología del futuro.

La mera definición que Hans Urs von Balthasar hace de la teología, a la que entiende como «una irradiación activo-pasiva de la gloria divina a partir de la figura primera de la revelación» (p. 252), ya nos sitúa en la complejidad del pensamiento de este autor. Nurya Martínez-Gayol, tras presentar el estilo teológico de Balthasar, recoge cuatro cuestiones centrales de su teología: el modo en que recupera en la reflexión los trascendentales del ser, su cristocentrismo Trinitario, su réplica al pensamiento evolucionista al proponer la inclusión en Cristo y el recurso al concepto *kénosis* no solo para referirse a la encarnación, sino también en relación con la creación y el interior de la Trinidad.

Alejandro Sanz es el encargado de abordar la figura de Joseph Ratzinger, al que también conviene percibir desde la influencia y en diálogo con otros de los teólogos analizados en este mismo libro, como Lubac o Balthasar. Sanz plantea su pensamiento teológico sostenido en claves como su posicionamiento ante la Modernidad, la revelación y el modo en que esta se relaciona con la historia, su valoración del diálogo fe-razón y el papel que adquieren las virtudes teologales para él.

El quehacer teológico de Adolphe Gesché refleja una inquietud pastoral notablemente mayor. Santiago García Mourelo nos dibuja a este teólogo belga en constante actitud de diálogo y en búsqueda por dar respuesta al ser humano y sus preocupaciones. A partir de la convicción de que no nos conocemos a nosotros mismos sino por Jesucristo, Gesché reflexiona sobre Dios en relación con el ser humano y, a su vez, comprende la identidad de este en clave de alteridad. A mayor alteridad, mayor libertad de la persona. De ahí que la alteridad trascendente de Dios ensancha la identidad humana hasta límites insospechados.

Esta obra conjunta culmina con el capítulo dedicado a Wolfhart Pannenberg, a cargo de Pedro Rodríguez Panizo, que presenta algunas de las claves del complejo pensamiento de este teólogo luterano. Así, nos muestra cómo Pannenberg no considera que el cristianismo y la Modernidad tengan en sí una relación antitética, como si toda emancipación humana se opusiera a la fe cristiana. En la densa reflexión del alemán tiene un lugar importante la revelación histórica, la apertura a diversas ciencias y saberes no teológicos, especialmente la filosofía, y un profundo conocimiento de la tradición cristiana en todas sus confesiones.

Como sucede con todo libro conjunto, también en este caso cada aportación está impregnada del estilo e inquietudes de cada uno de sus autores. Se muestra de este modo una pluralidad que desborda las particularidades de cada teólogo rescatado y que evidencia diversas preocupaciones y acentos. Algo que, como es de suponer, no le resta valor al conjunto, sino que lo multiplica.

IANIRE ANGULO ORDORIKA
Universidad Loyola Andalucía
iangulo@uloyola.es

Falque, Emmanuel. *Nouvelle lettre sur l'apologétique*. París: Le Éditions du Cerf, 2025, 150 pp. ISBN: 978-2-204-17278-3.

En octubre de 1929 Henri de Lubac pronunciaba la lección inaugural del curso académico en la Université Catholique de Lyon con el título "Apologétique et théologie" (*Nouvelle Revue Théologique* 57/5 [1930] 361-378; tr. *Teologías de ocasión*, Madrid 2023, 111-128). Se trata de una reflexión que, teniendo a la vista el conjunto de la obra del autor, bien podría calificarse como programática. En esencia, Lubac se lamentaba del divorcio que se había consolidado entonces entre una teología «encerrada en su torre de marfil» por «concebir el dogma como una especie de "cosa en sí" (*chose en soi*) o bloque revelado sin relación alguna con el hombre natural, como un objeto trascendente cuya manifestación (así como la mayor parte de su contenido) se presenta regulada por la arbitrariedad de un "decreto divino" (*décret divin*)»... y aquella otra que, «mantenida en vilo» por el «avance de las ciencias históricas» y «el progreso de la irreligiosidad» se mostraba dispuesta a «hablar no sólo a las almas que creen, sino a decir algo que importe